

# Que nada cante ni más allá ni más acá de la vida

“*L*a mayor parte de las obras útiles procuran el placer de modo mediato, mostrándonos cómo lo podemos obtener; la poesía lo hace de modo inmediato, o sea, suministrándolo”. La cita proviene de *Reflexiones literarias*, de Giacomo Leopardi (2006: 204), una más de las precisas —y preciosas— traducciones de literatura italiana con las que Guillermo Fernández contribuyó al deleite, al placer de los lectores de poesía en nuestro idioma.

No otro es el efecto que produce la revisión de la obra poética de Fernández: placer. Sin embargo, conviene recordar que el propio Leopardi no estigmatizaba la utilidad como si se tratara de un elemento por completo fuera del ámbito de la poesía: “La poesía puede ser útil de un modo indirecto, pero la utilidad no es su propósito natural” (Leopardi, 2006: 203). Nunca fui alumno formal de Fernández en sus talleres y cursos de poesía, pero como lector suyo siempre me he sentido deudor de enseñanzas que, aunque mal asimiladas por mí, no dejan de ser de una utilidad que casi de inmediato se sublima en placer.

Una de las principales —aunque parezca incidental, o tal vez por ello— proviene de la insistencia de Fernández en referirse a sus poemas como ‘versitos’. Esta denominación entre despectiva y cariñosa —características ambas propias del uso del diminutivo en el español de México— era también un guiño, irónico y amable, al lector interesado en lo que de oficio tiene la escritura de poesía.

Si buscamos el término, lo encontraremos —tal vez para nuestra sorpresa— referido con toda la formalidad de una entrada en el *Diccionario de métrica española* de José Domínguez Caparrós. ‘Versito’ remite a la más impresionante noción de “cláusula rítmica” (1999: 451). Luego de ubicarla en las páginas del citado diccionario, tenemos que ‘cláusula rítmica’ es: “Grupo de dos o tres sílabas —aunque hay quien acepta el grupo de cuatro y hasta de cinco sílabas— que resulta de la división del verso en unidades rítmicas en torno a un acento” (1999: 74).

Para seguir con los diccionarios, pasemos ahora al epítome de la seriedad en la materia, el *Diccionario de retórica y poética* de la doctora Beristáin: “El ritmo, en general, es el efecto resultante de la repetición, a intervalos regulares, de un fenómeno” (2000: 445).

Es decir, en términos tal vez más cercanos a la actitud de Guillermo Fernández, que el poeta no es ese pararrayos celeste, ese atormentado elegido de los dioses..., vamos, ni siquiera el tipo que se baja del camión blindado de la lengua española volteando hacia todos lados, con una gramática de cañones recortados y mirada que no sabemos si atribuir al trance de la inspiración, a la miopía o al necesario miedo para desempeñar con profesionalismo el oficio de custodio de valores. No, el poeta hace versos, escribe unidades que procuran ciertos patrones de repetición, cuenta sílabas. Y todas estas naderías las hace exclusivamente en busca de placer, como se hacen los polimorfos perversos a los que antes de Freud se les decía bebés.

Y Guillermo Fernández escribió versos. Notables, festivos, feroces. Desde su primer libro, *Visitaciones* (1964), cuyos textos no tienen la apariencia de versos por carecer de la indicación tipográfica de escansión, pero sin lugar a dudas son expresiones cercanas a la

noción de ‘metro’, es decir, que el idioma es susceptible de medida o, para volver a la doctora Beristáin, de la “acumulación de equivalencias prosódicas [...] por adición repetitiva” (2000: 445):

Una entornada luz de espacios se desprende  
a decir el nombre de los días, la fuga de la  
hora que se mustia en la floreal altitud de  
una torre abandonada en este valle saqueado  
por el viento mágico del sueño (“Para el sue-  
ño”; Fernández, 2010: 23).

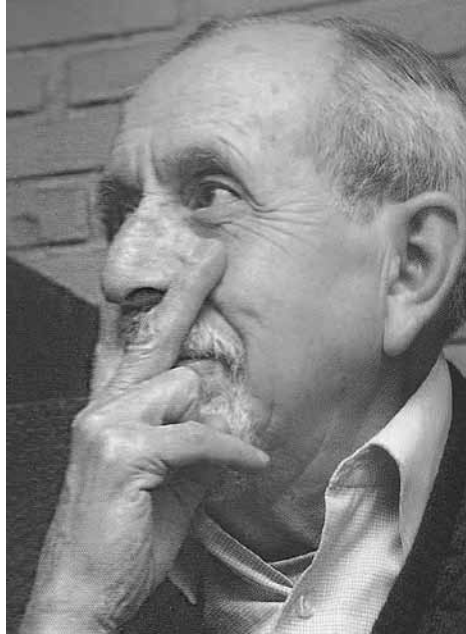
Lo mismo que en formas métricas y estróficas como el soneto, en el libro *La palabra a solas* (1965):

En tus ojos la luz ha decidido  
anclar su vuelo y silenciar la esquila  
temprana de tu paso, que perfila  
el agua de un arroyo detenido.  
Por tu actitud de junco distraído  
va ascendiendo la calma y se deshila  
tu sola soledad de agua tranquila.  
Si pudiera olvidar lo que no olvido...  
El día ocultamente señalado  
—abierto en flor— acudirá a decir  
lo que espera en tus ojos sosegado.  
Vagará en tu palabra a la deriva  
con el sueño que habrá de restituir  
lo que hoy cruelmente nos separa arriba  
 (“Ingres, referencia al San Juan Bautista  
niño”; Fernández, 2010: 41).

O en los poemas de *Bajo llave* (1983), mi libro favorito entre los suyos:

Pierdes el tiempo triturándome los huesos  
Escupiendo mi taza de café pierdes el tiempo  
Pierdes el tiempo estrangulándome los huevos:  
los tienes en tus manos, pero pierdes el tiempo  
 (“A la rabia”; Fernández, 2010: 243).

De sus manos caía  
un arco de cristal  
contra la luz dorada  
del sol que se ponía.



Guillermo Fernández. Foto: Jeanne Enríquez Salgado, tomada de *Exuturio. Poesía reunida, 1964-2003* (FCE, 2006).

Era fuente improvisada  
 en un jardín  
 de formas congeladas  
 (“Pis”; Fernández, 2010: 227).

Con esta apresurada serie de ejemplos —fruto más del gusto de citarlos por volverlos a leer en voz alta que de pretender ilustrar alguna conjetura de gran pompa académica—, podrá el lector también acordarse nuevamente de Leopardi, en el idioma español que con galanura le prestó Fernández: “Ese efecto que causa la elocuencia en la lírica, que persuade mucho más mientras menos deslumbrante aparece” (Leopardi, 2006: 204).

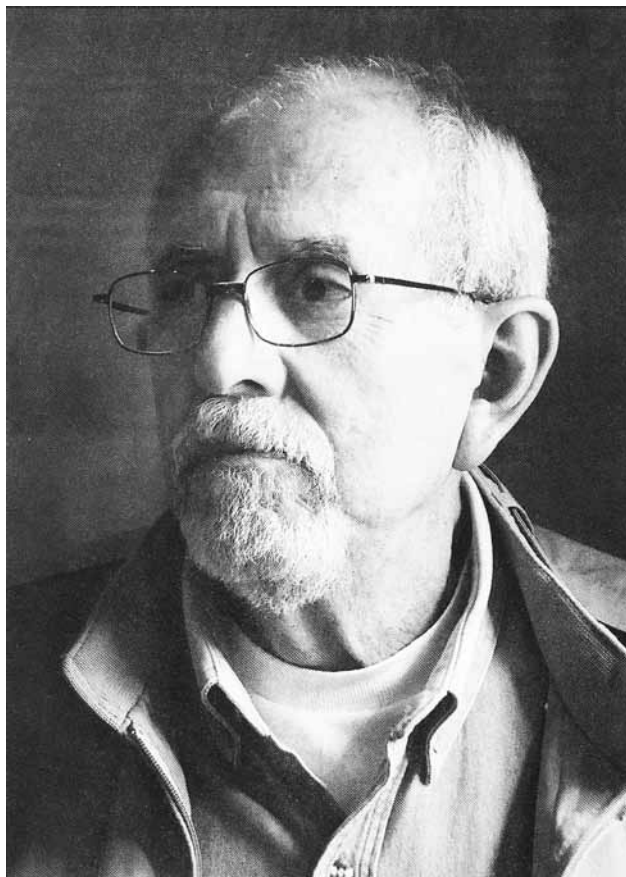
El despojamiento retórico que se va depurando libro por libro en Guillermo Fernández no puede pasar inadvertido, máxime si se le lee en su poesía reunida, *Arca*. Una nueva lección que es muy vieja a la vez: todo a su tiempo. De la celebración de la potencia lírica, de la imaginación verbal portentosa de sus primeros libros, Fernández transita hacia una escritura que se vale de los mínimos efectos (aunque efectos al fin) para producir las mayores conmociones en el lector:

*NO, MI AMOR*: cuando dije que me gustaría despertar junto a ti en una mañana eterna, jamás quise decir que deseaba despertar junto a ti todas las mañanas (Fernández, 2010: 301).

Un miserable asesino nos ha privado de su compañía. Una burocracia indiferente y estúpida se mofa del reclamo de justicia. Pero queda el placer de los versitos, en la mañana eterna de la lectura:

Cuando el día es un peine desdentado  
 O sobras del festín de los chacales  
 Cuando la noche aúlla en una cama de cenizas  
 y en las esquinas gimen perros apaleados  
 (corte directo)  
 llega el arcángel disfrazado de Tom Mix  
 con la bendición azul en sus ojos  
 y un mayordomo  
 Tonto por supuesto pero con el alma bien peinada  
 desde los arenales de la luna  
 al galope reencienden la esperanza  
 y el sempiterno “Hy’ooo Silver”  
 retumban en los barrancos de cartón  
 (disolvencia)  
 (“De vaqueros” Fernández, 2010: 182).

Descanse en paz Guillermo Fernández. LC



Guillermo Fernández. Foto de autor desconocido, tomada de *Arca. Poesía reunida* (Secretaría de Cultura/Gobierno de Jalisco, 2010).

## REFERENCIAS

- Beristáin, Helena (2000), *Diccionario de retórica y poética*, México, Porrúa.
- Caparrós, José Domínguez (2001), *Diccionario de métrica española*, Madrid, Alianza Editorial.
- Leopardi, Giacomo (2006), *Reflexiones literarias*, Guillermo Fernández (trad.), Toluca, Gobierno del Estado de México.
- Fernández, Guillermo (2010), *Arca. Poesía reunida*, Guadalajara, Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Jalisco.
- ÁNGEL ORTUÑO (Guadalajara, 1969). Autor de *Las bodas químicas* (Secretaría de Cultura de Jalisco, 1994), *Siam* (Filodecaballos, 2001), *Aleta dorsal. Antología falsa, 1994-2003* (Universidad de Guadalajara y Ediciones Arlequín, 2003), "Ilécebra", incluido en *Minoica* (Bonobos, 2008), *Boa* (Mantis, 2009), *Mecanismos discretos* (Mano Santa Editores, 2011), *Perlesía* (Bonobos, 2012). Aparece en las antologías *El manantial latente. Muestra de la poesía mexicana desde el ahora: 1986-2002*; *El decir y el vértigo. Panorama de la poesía hispanoamericana reciente (1965-1979)*; *El país del ruido* (traducido al francés), *Anuario de poesía 2007* y *Fiebre* (traducido al alemán). Ha publicado poemas en las revistas *La Tempestad*, *Cuadernos Salmón*, *La Colmena*, *Cantera Verde*, *Tierra Adentro* y *Letras Libres*. Desde 1997 trabaja en la Biblioteca Iberoamericana Octavio Paz, de la Universidad de Guadalajara.